

LA PRONUNCIACION DEL GRIEGO

Al doctor Francisco M. Renjifo.

§ 1.—LA PRONUNCIACION DE LOS GRIEGOS MÓDERNOS

«Entre todas las lenguas humanas, nos dice Renjifo, ninguna tan bella, tan armoniosa y tan perfecta como la lengua griega.» En esta lengua se han escrito las obras maestras del pensamiento humano, obras cuya perfección tratarán de imitar todas las generaciones sin alcanzarlo jamás. ¿Quién dijo que se puede juzgar del grado del adelanto intelectual de un pueblo por el ardor del culto que profesa hacia los clásicos griegos? Y sin embargo, a lo menos en este país (los Estados Unidos) el resultado del estudio de la lengua griega es generalmente poco halagüeño. ¿Cuántos entre nuestros jóvenes, después de dedicar siete u ocho años al estudio de la lengua de Sófocles y de Platón, son capaces de abrir un libro griego y de apreciar su belleza?

La esterilidad de los estudios clásicos en este país es un hecho deplorable, un hecho, empero, cuya existencia no podemos menos de admitir. Y por esto, los directores de muchas escuelas de Nueva York han dejado de considerar al griego como una materia obligatoria; y, en muchos casos, han permitido que se reemplazara por el alemán. *O tempora! O mores!*

Múltiples son las causas de tan extraño fenómeno. Una de ellas, probablemente la más importante, es la pronunciación convencional que se ha adoptado en las escuelas, la cual varía no sólo de una escuela a otra, sino también en las diferentes clases del mismo establecimiento. El resultado es que los discípulos si acaso tratan de hablar griego, son absolutamente incapaces de entenderse uno a otro. La Universidad de Columbia, de esta ciudad, dio hace poco una representación de la Antígona de Sófocles. Se hallaban presentes muchos

estudiantes de otros colegios, pero nada entendieron, ni hubiera entendido algo el mismo Sófocles si hubiese estado presente.

La pronunciación que en nuestros colegios tenemos me trae siempre a la mente estas palabras de Cicerón: *Est ridiculum, ad ea quae habemus, nihil dicere; quae-rere, quae habere non possumus; et de hominum memo-ria tacere, litterarum memoriam flagitare* (1).

No podemos alegar ninguna excusa si aprendemos el griego con una pronunciación defectuosa. No es necesario que vayamos a Atenas. Hay en Nueva York unos sesenta mil griegos que hablan todavía la misma lengua en que cantó Sófocles, en que predicó Crisóstomo. Que vaya cualquiera a la parte de la ciudad conocida con el nombre de *pequeña Grecia* «μικρά Ἑλλάς» que pasee en la sexta, la séptima o la octava avenida, y reconocerá ese mismo tipo de hombres que suministraba modelos a Fidias; y, por mala que haya sido la pronunciación que le impusieron en el colegio, reconocerá, si escucha atentamente, en el habla de los transeúntes, estas mismas palabras que aprendió en sus libros de texto y que había creído muertas desde cerca de veinte siglos.

Es un error muy común el creer que el griego es una lengua muerta. Muchos se figuran que la lengua hoy hablada en Grecia, el «griego moderno,» como lo llaman, es una lengua esencialmente diferente del griego antiguo. Los hay que se la representan como una mezcla informe de italiano y de turco. Otros, mejor informados, piensan que tiene con el griego antiguo la misma relación que el italiano o el castellano tienen con el latín. Pero no es así. El castellano se deriva del latín, sin duda, y está ligado con la lengua de Cicerón por un innegable parentesco, pero no es el latín. Si se nos

(1) Pro Archia, IV, 8.

ofrece, al leer el *Quijote*, una palabra que no entendemos, no la buscamos en un diccionario latino; y si queremos darnos cuenta de una construcción, abrimos una gramática castellana. El colegial ateniense, por otra parte, que quiere hallar el sentido de una palabra de Paparrhegópoulos, consulta los mismos diccionarios que usamos en las universidades americanas para el estudio del griego antiguo. Las gramáticas usadas en las escuelas elementales de Atenas son idénticas en el fondo con las que se usan en las universidades europeas, y algunas son simplemente traducidas del alemán. El evangelio que aprendemos en las clases de griego elemental es el mismo que se lee a los fieles en las iglesias griegas, y todos lo entienden sin dificultad.

Entre los profesores de griego de este país, los hay que admiten que la lengua griega actual es la misma, o casi la misma que la de los antiguos, y que los libros y los periódicos publicados hoy en Atenas serían entendidos sin dificultad por Demóstenes o Platón. Pero añaden que, aunque la lengua haya permanecido idéntica, la pronunciación ha cambiado. Entre ellos, mencionaré al doctor William H. Goodwin, profesor en la Universidad de Harvard, e inventor de una pronunciación propia, que no es la erásmica ni la moderna.

En el presente ensayo, me propongo demostrar que la pronunciación de los griegos modernos es idéntica con la que tenían en Grecia al principio de la era cristiana, idéntica por consiguiente con la pronunciación de los evangelistas y de San Juan Crisóstomo, como también de Plutarco y de Luciano; y que es casi idéntica con la del siglo de oro de la literatura griega, con la de Sófocles y de Platón.

La variedad de opinión sobre la pronunciación del griego versa tan sólo sobre unas pocas letras y sobre los diptongos. Las letras α, ε, ι, κ, λ, μ, ν, ξ, ο, π, ρ, σ, τ, φ, χ, ψ, ω, se pronuncian del mismo modo en el

sistema erásmico y en el moderno. Hé aquí el modo como pronuncian las otras letras los griegos modernos:

β como v.

γ tiene un sonido gutural que es preciso oír de boca de un griego. Es un sentido intermediario entre los dos sonidos que tiene la g castellana en las sílabas *ga*, *ge*.

δ se pronuncia como *th* en la palabra inglesa *then*.

ζ como la z francesa.

η como la i castellana.

θ como la z castellana.

υ como la i castellana.

αι como la e castellana.

ει, οι, υι, como la i castellana.

αυ como *af*; pero antes de vocal, o de consonante media y líquida ευ.

ηυ como *iv*.

§ 2.—LA PRONUNCIACION ERÁSMICA

Cuando, en el año de 1453, se apoderaron los turcos de Constantinopla, los desdichados súbditos de Constantino Paleólogo emigraron hacia las comarcas de la Europa occidental, trayendo consigo su lengua y su admirable literatura. En todos los países de Europa, en Italia, en Francia, en Alemania, acudieron los sabios a la escuela de los herederos de la antigüedad. Y empezó el Renacimiento.

La pronunciación que se enseñó entonces y que continuó enseñándose todavía por mucho tiempo, era naturalmente la de los mismos griegos. A ellos traían sus hijos los sabios de entonces, para que se acostumbraran desde su infancia a pronunciar el griego con pureza. El mismo Erasmo encargó a su amigo Lascaris que le hallara para sus hijos un maestro griego: *Conducendus aliquis natione Graecus, licet alioquin parum*

eruditus, propter nativum illum ac patrium sonum, ut castigatæ graeca sonari discantur.

Se adivinará fácilmente cuál hubo de ser la sorpresa del mundo universitario cuando, en el año de 1528, apareció un tratado del mismo Erasmo, en el que se esforzaba en demostrar que la pronunciación de los griegos era defectuosa, que se había perdido la pronunciación antigua, y que las letras griegas debían pronunciarse con el mismo sonido poco más o menos que tenían las letras holandesas. El ensayo en que se exponía tamaño descubrimiento apareció bajo la forma de un diálogo entre un oso y un león. El tono del diálogo es más jocoso que serio, y al leerlo no podemos menos de preguntarnos si lo tomó en serio el mismo Erasmo.

El hecho es que él mismo no parece haber adoptado la pronunciación a la que dio su nombre. En un diálogo intitulado *Echo*, hace repetir en griego al eco varios sonidos latinos, y nos da así una prueba inequívoca de que seguía pronunciando el griego con la pronunciación tradicional. Hé aquí algunos pasajes de este diálogo:

Et multis hominum, peccatum confertur in nomen eruditionis. Echo. ὄνοις.

Futura praedicunt astrologi. Ec. λόγοι.

At strenue laborant grammatici. Ec. εἰκῆ

Non placent, opinor, legulei homines semper famelici. Ec. λύκοι

El descubrimiento de Erasmo no parece haber causado al principio mucho trastorno en los centros universitarios. Casi cincuenta años después de su publicación, otro erudito holandés, Nicolás Clenardus, publicó en Amberes una gramática griega *Absolutissimae Institutiones in linguam graecam* (1576), en que no hallamos ninguna mención de la nueva pronunciación. Continuó

usándose esta gramática en las universidades holandesas hasta el año de 1625.

Los eruditos de la época no parecen tampoco haber tenido en cuenta la innovación del sabio de Rotterdam. El famoso escritor francés Rabelais, que conocía el griego tan perfectamente como Erasmo, introduce, en uno de los pasajes de su *Pantagruel*, al célebre Panurgo que habla de repente en italiano, en inglés, en vascuence, en castellano, en danés, en hebreo, en latín y en griego. El pasaje griego recitado por Panurgo se halla escrito con letras latinas, y podemos así conocer la pronunciación de Rabelais. Este pasaje es el siguiente:

Despota tinyn panagathe, diati sy mi ouk artodotis? horas gar limo analiscomenon eme athlion, ke en to metaxy me ouk eleis oudamos, zetis de par emou ha ou chre. Ke homos philologi pantes homologousi tote logous te ke remata peritta hyparchin, hopote pragma afto pasi delon esti. Entha gar anankei monon logi isin, hina pragmata (hon peri amphisbetoumen) me prosporos epi phenete (1).

En el año de 1626, esto es, un siglo después de la publicación del diálogo de Erasmo, empezó a introducirse la pronunciación erásmica en las escuelas de Holanda. El libro que la presentó de nuevo al público era una gramática escrita por un tal Gerardo Voss, en la que se aconsejaba de nuevo a los estudiantes que se apartasen de la pronunciación tradicional.

Tampoco fue coronada de éxito la obra del nuevo innovador. Continuó enseñándose la pronunciación antigua, y tan sólo desapareció cuando empezaron a descuidarse los estudios helénicos. Es la misma pronunciación de los griegos que vemos todavía defendida en la gramática de Jacob Gretser, profesor en la Universidad de Ingoldstadt, publicada en 1637.

(1) Rabelais. *Pantagruel*, lib. II, cap. 9.

Con el renacimiento de la nación griega, la ciudad en que enseñaban Sócrates y Platón volvió a convertirse en afamado centro de civilización y cultura. Surgió de la nada una literatura nueva y se impuso a la atención del mundo. A mediados del siglo pasado, el doctor C. C. Felton, profesor de literatura griega en la Universidad de Harvard, publicó, para uso de sus discípulos, una colección de escritos de autores griegos modernos, y así conocimos al historiador Pappargopoulos, al poeta Christópoulos, digno émulo de Anacreonte, al orador Tricoupes, que pronunció, con ocasión de la muerte de lord Byron, esa famosa oración que puede colocarse al lado de las mejores de Demóstenes.

Surgieron al mismo tiempo, en todos los centros de cultura helénica, elocuentes defensores de la pronunciación antigua, la cual, por un concurso curioso de circunstancias, se conocía ya con el nombre de pronunciación moderna. Demetracópoulos en Grecia, Rangabé y Engel en Alemania, Blackie y Dawes en Inglaterra, y, más recientemente, el abate Ragón en Francia y el doctor Rose en este país, demostraron a todos los que quisieron oírlos, que la pronunciación erásmica no tenía fundamento; y que, puesto que sabemos cómo pronunciaba San Juan Crisóstomo y cómo hablaba Plutarco, esto debería satisfacerlos.

§ 3.—OBJECIONES CONTRA LA PRONUNCIACION MODERNA

El profesor Goodwin se inclina a creer, en su famosa *Greek Grammar*, que se adoptará algún día la pronunciación moderna, «a pesar de todos sus defectos» *with all its objectionable features*. Puesto que los defensores de la pronunciación erásmica no se cansan de hablarnos de los defectos de la moderna, me permitiré pasar en revista estos defectos.

El más importante es, según ellos, el insufrible iotacismo de que se tacha a la lengua moderna. En prueba de ello, citan los versos siguientes:

Πείθοι ἄν, εἰ πείθοι, ἀπειθοίης δ' ἴσως....

Σύ δ' ἔειπε μοι μὴ μῆκος....,

que pronunciados a la moderna, suenan:

Pizi an, i pizi, apiziis d'isos

Si d'ipe mi mi micos.

Se ha hablado tan a menudo del iotacismo del griego moderno, y es tan generalizada la idea de que es un defecto insufrible, que me expondré, bien lo sé, a severos criticismos si me atrevo a afirmar simplemente que el tal iotacismo no existe, o que no existe más en griego que en otras lenguas, por ejemplo en latín. Me veo, pues, en la obligación de aducir datos exactos que todo el mundo podrá verificar:

En la primera oración de Cicerón contra Catilina (cap. 1) y en el *Pro Milone* (cap. 1), sobre 1.115 vocales, 311 tienen el sonido *i*, o sea 27.8 por ciento.

En la primera página del *Catilina* de Salustio, sobre 470 vocales, 139 tienen el sonido *i*, o sea 29.5 por ciento.

En el *Bellum Civile* de César (caps. XXI y XXII), sobre 501 vocales, 152 tienen el sonido *i*, o sea 25 por ciento.

En la *Germania* de Tácito (cap. VI y VII), sobre 744 vocales, 186 tienen el sonido *i*, o sea 25 por ciento.

En el *De Oratore* de Cicerón (libro I, cap. 1 y 2), sobre 1239 vocales, 347 tienen el sonido *i*, o 28 por ciento. En el libro segundo de la misma obra (cap. 1), sobre 888 vocales, 233 tienen el sonido *i*, o 26.2 por ciento. En el libro tercero (cap. 1 y 2), sobre 1344 vocales, 387 tienen el sonido *i*, o sea 28.7 por ciento.

En el *Bellum Galicum* de César (libro I, cap. 1 y 2), sobre 765 vocales, 233 tienen el sonido *i*, o sea 29.1 por ciento. En el libro segundo (cap. 1 y 2), sobre 502

vocales, 135 tienen el sonido *i*, o sea 26.8 por ciento.

En el mismo Plauto, que reemplaza tan a menudo la *i* por la *u*, hallamos en el primer acto del *Trinummus*, sobre 1170 vocales, 304 que tienen el sonido *i*, o sea 25.9 por ciento.

El resultado de estos cálculos es que en latín, sobre 8738 vocales, 2417 tienen el sonido *i*, o sea 27.6 por ciento.

Si ahora volvemos los ojos hacia el griego pronunciado con la pronunciación tradicional (ι, η, ει, οι, υ, υι pronunciados como nuestra *i*), hallaremos lo siguiente:

En la *Anabasis* de Jenofonte (libro I, cap. 1, § 1—8), sobre 832 vocales, 222 tienen el sonido *i*, o sea 26.6 por ciento.

En la *Guerra del Peloponeso* de Tucídides (libro I, cap. 1 y 2), y en el libro segundo (cap. 54), sobre 1152 vocales, 303 tienen el sonido *i*, o sea 26.9 por ciento.

En Platón (*Apología*, cap. 1 y 2; *Fedón*, cap. 1, *Sofista*, cap. 1), sobre 2128 vocales, 551 tienen el sonido *i*, o sea 25.8 por ciento.

En el *De Pace* de Demóstenes, sobre 722 vocales, 175 tienen el sonido *i*, o sea 24.2 por ciento.

En la oración de Lysias contra Nicomaco (§ 1—6), sobre 817 vocales, 216 tienen el sonido *i*, o sea 26.4 por ciento.

En el *Sueño* de Luciano (las 53 primeras líneas), sobre 1007 vocales, 270 tienen el sonido *i*, o sea 26.8 por ciento.

En las cien primeras líneas del *Ajax* de Sófocles, sobre 1210 vocales, hay 317 que tienen el sonido *i*, o sea 26.4 por ciento.

En los *Persas* de Esquilo (líneas 353—432), sobre 960 vocales, hay 258 que tienen el sonido *i*, o sea 26.8 por ciento.

El resultado de estos cálculos es que la *i* aparece en el griego antiguo pronunciado a la moderna 2312 veces en 8791 vocales, o sea 26.2 por ciento.

Y si se aducen palabras griegas como τῆς ἀληθείας, τῆς ὑμεῖας, en que se halla repetido el sonido i, ¿qué diremos de las palabras latinas *inimicitiiis, inimicissimis, didicisti, dixisti, tristitiis, divitiis*, y de tantas otras?

Y ¿qué diremos de los versos siguientes:

*Dic mihi, quid feci, nisi non sapienter amavi?
Nec tu linigeram fieri quid possim ad Isim
Proveniant medii sic mihi saepe dies.
Quid tibi vis, mulier, nigris, dignissima barris?
Quod si me lyricis vatibus inseris,
Sublimis feriam sidera vertice.
Sin aliter es, inimici atque irati tibi?*

La tabla siguiente muestra la frecuencia relativa de las vocales en algunos idiomas importantes:

La frecuencia del sonido *e* en alemán es 42.8 por ciento. La frecuencia del sonido *e* en francés es 36.3 por ciento. La frecuencia del sonido *i* en latín es 27.6 por ciento. La frecuencia del sonido *i* en griego es 26.2 por ciento.

Esto muestra claramente, me parece, que el abuso del sonido *i* en la pronunciación moderna del griego no es un defecto tan grave como nos lo aseguran algunos profesores.

¿Qué diremos de aquellos oídos que se ofuscan al oír la palabra εἴκολος pronunciada *éfcolos*, y que pronuncian αἰτεῖται *aitaitai*? ¿Qué tal les parece la palabra ἀστειεύομαι pronunciada en Alemania *astaiyomai* y en Inglaterra *astaiyúomai*; o la expresión οἱ εὐρωστοί, υἱοί pronunciada en Alemania *hoi oirostoi hüyoí*, y en Inglaterra *hoi hiurostoi hiuyoi*?

Afirman también los erasmicos que en el griego antiguo cada letra debía representar un sonido y que es un absurdo que se represente el mismo sonido con seis signos diferentes. Bástenos contestarles que el sonido *i* en inglés se representa con no menos de once

diferentes signos, verbi gracia, *i* (*big*), y (*lynx*), *e* (*be*), *ea* (*beach*), *ee* (*see*), *ei* (*ceiling*), *ey* (*key*), *ie* (*field*), *ae* (*Aeneas*), *oe* (*Euboea*), *ui* (*biscuit*). En francés, el sonido *e* se representa con los signos *é, è, ê, et, êt, est, ei, ai, ès, ais, ait, aient*. Y el sonido *o* con los signos *o, ô, os, ot, ost, ôt, ôts, ost, au, aux, eau, eaux, ault, aults, aut, auts, aud, auds, oz, auz*.

§ 4.—DEFENSA DE LA PRONUNCIACION MODERNA

La aserción de los erasmicos de que la pronunciación original del griego difería de la actual es muy indefinida. No conocemos, ni conoceremos nunca la pronunciación original; pero esta pronunciación no es la que queremos conocer. Como todas las lenguas, se ha hallado el griego en proceso de formación, y la pronunciación, sin duda, ha variado mucho. Lo que nos importa conocer es la pronunciación que tenía la lengua en la más bella época de su literatura, esto es, desde el siglo IV antes de Jesucristo hasta el principio de la era cristiana.

Para guiarnos en esta investigación, tenemos los escritos de los mismos griegos, las transcripciones del griego al latín y viceversa, y las inscripciones, en las que se hallan muchas veces errores ortográficos, representándose en ellas los sonidos de un modo fonético. Pasaremos en revista todas las letras cuya pronunciación ofrece alguna duda, y veremos si en medio de las tinieblas podemos hallar alguna luz.

β se pronuncia *v*.

Los erasmicos aducen varias objeciones contra el sonido *v* dado a la *β*.

Nos afirman que cuando los griegos helenizaban una palabra latina en que entraba la *v*, no ponían la *β*, sino el diptongo *ov*, como en *Vespasianus*, Ουεσπασσιάνος; y que, del mismo modo, cuando los romanos latinizaban una palabra griega en que figuraba la *β*,

siempre ponían *b*, y jamás *v*, como por ejemplo βάρβαροι, *barbari*.

Por fin, sacan otro argumento de un verso en que el viejo poeta Cratino imita el balido de una oveja, repitiendo la sílaba βῆ βῆ. Si fuera exacta la pronunciación de los griegos modernos, las ovejas del tiempo de Cratino habrían debido balar *vi*, *vi*.

A estas objeciones contestaremos lo siguiente:

No es exacto el afirmar que la *v* de los latinos no se transcribía nunca por β. La hallamos transcrita por β desde el segundo siglo antes de Jesucristo.

En una inscripción délfica del año 180 antes de Jesucristo, hallamos los nombres Λιβίου, Βιβίου representando las palabras latinas *Livius*, *Vivius*.

Además, Polibio (165 años antes de Jesucristo), Dionisio de Halicarnaso (30 años antes de Jesucristo) y otros escritores traducen *Varro* por Βάρρων, *Aventinum* por Αβεντίνον. Plutarco escribe *Ravenna*, Ραβέννα, Σέρβιος, *Servius*.

No hay que atribuir al argumento de la oveja de Cratino más valor del que realmente tiene. Los respectivos sonidos de la *b* y de la *v* han llegado a ser muy diferentes en muchos idiomas; pero ¿estamos seguros de que no se aproximaban uno a otro en la antigüedad? Bien conocido es el hecho de que los pueblos de raza española a menudo confunden los dos sonidos. Hay razones para sospechar que algo semejante ocurría en latín. En inscripciones antiguas hallamos *serbus* (*servus*), *bixit* (*vixit*), *venemeritus* (*benemeritus*), *amavile* (*amabile*), y en un documento que remonta al reino de Numa *Jobis* por *Jovis*.

Si en tiempos más antiguos se representaba la *v* latina por *ov*, ¿no era esto debido al hecho de que la letra *u* se pronunciaba entonces *v* en la lengua latina?

ζ se pronuncia como la *z* francesa.

Ha habido mucha discusión sobre la pronunciación de esta letra, y acaso no haya tenido la misma pronunciación en los varios dialectos griegos. Hay, sin embargo, buenas razones para admitir que la pronunciaban los antiguos como los modernos.

En antiguas palabras áticas, hallamos la ζ en vez de la σ. Se escribe por ejemplo ζμικρός, ζμῆγμα en vez de σμικρός, σμῆγμα.

Sexto Empírico nos dice que Σμύσσα y Ζμύσσα, σμίλιον y ζμίλιον se pronunciaban exactamente del mismo modo.

En una inscripción que remonta al tiempo de Alejandro, hallamos Πελαζγικόν por Πελασγικόν (1).

η se pronuncia *i*.

La cuestión de la pronunciación de la letra η en la antigüedad ha dado lugar, más que cualquiera otra, a discusiones sin término.

Como bien se sabe, no se usó la letra η como vocal en el alfabeto ático hasta el año de 403 antes de Jesucristo. Sin embargo, se había usado antes como vocal en el alfabeto jónico, en el que tenía el sonido *e*.

El sonido que representa ha variado probablemente en las diferentes épocas, como también en los diferentes dialectos. Hallamos una prueba de estas variaciones en las líneas siguientes del *Cratilo* de Platón: οἱ μὲν ἀρχαῖοτάτοι ἡμέραν τὴν ἡμέραν ἐκάλουν, οἱ δὲ ἔμέραν, οἱ δὲ νῦν ἡμέραν. Estas líneas parecen indicar que en el tiempo de Platón la η no era igual ni a la ι ni a la ε; a menos que las líneas citadas se refieran más a la ortografía que a la pronunciación de la palabra. En todo caso, los erásmicos, que no se contentan con pronunciar el griego como Plutarco, ni siquiera como Aristóteles, pero que quieren pronunciarlo exactamente como Adán y Eva en el paraíso, no deberían aducir

(1) Le Bas. *Inscriptions grecques*, III, 122.

argumentos contra la pronunciación que aquí defendemos, puesto que, según el testimonio del mismo Platón, los más antiguos llamaban el día ἡμέραν.

Uno de los defensores de la pronunciación erásmica, el profesor Blass, de Kiehl, opina que la gente educada dio a la η el sonido *e* hasta el siglo IV de nuestra era. Si esto fuera cierto, hallaríamos sin duda inscripciones en que la ε o el diptongo αι quedaría sustituido a la letra η. Pero no hallamos semejante sustitución ni siquiera una sola vez en las inscripciones áticas. Al contrario, muchísimos son los casos en que hallamos la η reemplazada por la ι o por el diptongo ει, o viceversa.

En Röhl (*Inscr. gr. ant.* número 26) hallamos ἡπποκράτης por ἰπποκράτης.

Ross (*Inscr. gr. erud.* número 264) da una inscripción de fecha incierta antes de Jesucristo en la que se halla ἱρώων en vez de ἦρώων. El mismo Ross nos da una inscripción del primer siglo antes de Jesucristo en la que hallamos κῆτε en vez de κῆται.

Una inscripción de Andrós (*Le Bas, Inscript.* 174), anterior a la era cristiana, tiene πάσις ἀρετῖς en vez de πάσης ἀρετῆς.

Más interesante aún es el caso de una inscripción hallada en Cortinia, en el Peloponeso, y que remonta al siglo V antes de Jesucristo, en la que hallamos ἀναλῖθαι en vez de ἀναλῆθαι (XI, 4. ed. Baunack Bros.), y ἐπιμολῖσαι en vez de ἐπιμολῆσαι (IX, 28).

No multiplicaremos los ejemplos. Muchísimos podríamos aducir si quisiéramos considerar la era cristiana. Bástanos abrir el Nuevo Testamento para hallar καμῖλος en vez de καμηλος, ἔλακησε, en vez de ἔλακτισε, ἔξυπνίσω en vez de ἔξυπνήσω.

Otra prueba de que la η tuvo muy temprano el sonido de *i* puede sacarse de las formas paralelas ἦκω e ἱκω, ἐπήβολος y ἐπίβολος, πολῆος y πόλιος, que ha-

llamos en el mismo Homero. En griego ático, hallamos igualmente ἀμαξιώτος y ἀμαξητος, ἦξις e ἱξις, τατης y ταπις, λαγηνος y λαγυνος.

Los partidarios de la pronunciación erásmica creen, sin embargo, hallar un argumento irrefutable en el verso de Cratino de que hemos hablado ya al tratar de la letra β. Este verso es el siguiente:

ὁ δ' ἠλίθιος, ὅσπερ πρόβατον, βῆ βῆ λέγων βαδίξει (1)

Y como, según toda probabilidad, la pronunciación de los carneros ha permanecido la misma, la sílaba βῆ debe pronunciarse *bé* y no *vi*.

Este argumento, irrefutable a primera vista, pierde en realidad todo su valor si lo consideramos con la luz de la historia. Bien se sabe que, en tiempo de Cratino, la η no existía como vocal en el alfabeto ático; y lo más probable es que Cratino no escribió βῆ, sino βε o βεε. Puede ser, sin embargo, que haya usado la η que existía ya en el alfabeto jónico, en el cual, como hemos visto, tenía el sonido de *e*.

Pero, admitiendo lo imposible, esto es, que Cratino haya usado la letra η del alfabeto ático—lo que sabemos no pudo ser—¿tiene entonces el argumento de los erásmicos valor irrefutable? Me parece que no.

En nuestras lenguas modernas, hacemos frecuente uso de la onomatopeya, y, por este medio, imitamos o tratamos de imitar los gritos de los animales. Pues bien, las lenguas castellana, francesa e inglesa tienen cada una una palabra por medio de la cual han tratado de imitar el grito de la oveja. Esta palabra es en castellano *balar*, en francés *bêler* (bélé), en inglés *bleat* (blit). Si, en el curso de los siglos, pasa la lengua inglesa a la categoría de las lenguas muertas, se levantará acaso un nuevo Erasmo para probar a nuestros descendientes que no pronunciamos *blit* sino *blet*, puesto que nuestras ovejas dicen *bé*?

(1) «Y el imbécil se va diciendo *bee, bee*, como un carnero.»

v, se pronuncia *i*.

En los tiempos más antiguos, esta letra tenía probablemente el sonido *u*, y siguió teniendo este sonido en el dialecto eólico, especialmente en Beocia, donde hallamos las formas *θουγάτηρ*, *οὔδωρ*, *κοῦνες*.

En el dialecto ático, sin embargo, la *v* tuvo pronto el mismo sonido que la *i*. La palabra *βιβλίον* se escribía también *βυβλίον*, y en una inscripción del año 378 antes de Jesucristo, hallamos las palabras *ἦμισυ*, la que, en otras inscripciones de la misma época, se escribe *ἦμυς*.

En vasos corintios de fecha remota, hallamos *κιανίς* en vez de *κνανίς*.

En una inscripción que se halla en la base del tripode de Delfos, y que remonta al año 475 antes de Jesucristo, hallamos *Φλειασιοι* en vez de *Φλυσαιοι*, y en monedas del año 430 antes de Jesucristo, hallamos también *Φλειασίων*.

αι, se pronuncia *e*.

No existe duda ninguna acerca del sonido que tenía este diptongo al principio de la era cristiana. Los mismos erasmicos admiten que entonces se pronunciaba *e*. El ilustre gramático Herodiano, que vivía en la primera mitad del siglo II, distingue entre las palabras escritas con *αι* y las escritas con *ε*, por ejemplo entre *πέδαι*, *κενός* y *παῖδες*, *καινός*, diciendo que deben escribirse éstas *διὰ τῆς αι διφθόγγου* y aquéllas *διὰ τοῦ ε ψιλοῦ*, lo que prueba que en Alejandría los griegos educados pronunciaban del mismo modo la letra *ε* y el diptongo *αι*.

Existen poderosos argumentos que nos inclinan a creer que este diptongo tenía igual sonido en los siglos anteriores. Hallamos en la lengua griega muchas palabras que pueden escribirse de dos maneras, hallándose indiferentemente escritas con *ε* o con *αι*. Tales son: *αἰώρα* (Platón, Plutarco) y *ἔωρα* (Aristófanes, Sófo-

cles); *αἰόλλει* y *ἑόλει*; *φαίναξ* y *φέναξ*; *ἀνώγαιον* y *ἀνώγεον*.

Esta misma variedad ortográfica se halla también en las inscripciones. En casi todas las inscripciones áticas de los siglos IV y V antes de Jesucristo, hallamos la forma *Ποτιδεῖται*, pero en el pedestal del tripode de Delfos, construido en el año 475 antes de Jesucristo, hallamos la forma *Ποτιδαιῖται*.

Además, en dos inscripciones, la una del año 460 antes de Jesucristo, la otra del año 373 antes de Jesucristo, hallamos *Ἀλκμεωνίδης*, en vez de *Αλκμαιωνίδης*. En una inscripción del siglo III antes de Jesucristo, en Megara, hallamos *κέκρυπτε*, *δόξες* y *μυρίες* en vez de *κέκρυπται*, *δόξαις* y *μυρίαις*. En una inscripción del primer siglo antes de Jesucristo, hallamos *κῆτε* en vez de *κεῖται* (Ross, Inscr. gr. ined., III, 246).

ει se pronuncia *i*.

Los erasmicos dan a este diptongo el sonido *ai*, pero no hay absolutamente ninguna prueba de que haya tenido tal sonido en la antigüedad. El gramático Sexto Empírico lo describe como teniendo un sonido simple «ὁ τοῦ ει φθόγγος ἀπλοῦς ἔστι καὶ μονοειδής.»

Muchas palabras pueden escribirse indiferentemente con la *ι* o con el diptongo *ει*. En Homero y Hesiodo, hallamos las formas paralelas *ἔκελος* e *ἕκελος*, *γείνομαι* y *γίνομαι*, *εἶσος* e *ἴσος*, *ἔρικω* y *ἔρικω*.

En inscripciones del siglo V antes de Jesucristo, hallamos *πρεῖν*, *πλιον*, *πλίονος*, *πλίονα* en vez de *πριν*, *πλειον*, *πλειονος*, *πλειονα*.

En las inscripciones del segundo siglo antes de Jesucristo, la confusión entre la *ι* y el diptongo *ει* es ya general. Las formas *ρινός*, *ρινα* se hallan al lado de *ρεινός*, *ρεῖνα*. Se escribe indiferentemente *Στειριοι* o *Στιριοι*. (Dial. Inscr. 1539).

Platón, por fin, nos da en el *Cratilo* una prueba de que en su tiempo la letra *ι* y el diptongo *ει* tenían el mismo sonido. Estudiando en este diálogo la etimo-

logía de las palabras, hace derivar la palabra Ποσειδῶν de ποσιδεσμον y la palabra Ἴρις de εἶρειν. ὠνόμασε Ποσειδῶνα ὡς ποσιδεσμον ὄντα (402); ἢ γε Ἴρις ἀπὸ τοῦ εἶρειν ἔοικε κεκλημένῃ (408).

οι, se pronuncia *i*.

Para probar que este diptongo tenía en la antigüedad el mismo sonido con que lo pronuncian los griegos modernos, tenemos pruebas semejantes a las que hemos aducido ya en los párrafos anteriores.

Aquí también hallamos formas paralelas, o más bien variaciones ortográficas que nos muestran claramente el sonido que entonces tenían los diptongos. En el alfabeto ático, hallamos las formas φγιαῖ y φλοιᾶ, γλια, y γλοια κοῖλον κῦλον, δρύτη y δροῖτη, οἶδνον y ὕδνον, ψοια y ψύα, ροῖκος y ρύκος. El dialecto eólico a menudo escribe *v* en vez de *oi*, y hallamos ἐμὺ, καλύ, τῦς ἄλλυς, ἔχv en vez de las formas comunes ἐμοῖ, καλοῖ, τοῖς ἄλλοις, ἔχοι.

Uno de los argumentos más concluyentes para probar que el diptongo *oi* tenía el sonido de *i* se halla en un pasaje de Tucídides. En el libro cuarto de la *Guerra del Peloponeso*, nos dice que los atenienses, hallándose en el caso de interpretar una predicción antigua en la cual se hallaba la palabra *limós*, tuvieron que disputar para saber si esta palabra significaba carestía o peste. Las dos palabras λῶμιός (peste) y λιμός (carestía) tienen ahora pronunciación idéntica. Si los griegos antiguos no la hubiesen pronunciado del mismo modo, no habría tenido lugar el equívoco de que habla Tucídides.

αυ, ευ

Estos diptongos se pronuncian *af*, *ef*, antes de las consonantes φ, κ, ξ, π, σ, τ, φ, χ, ψ, y al fin de las palabras. En los otros casos, se pronuncian *ev*.

La prueba más importante de que estos diptongos tenían el mismo sonido en la antigüedad se deriva de una multitud de inscripciones en que a la segunda letra

del diptongo se sustituye la letra F (*digama* o *vau*). Así hallamos ἄFτὸς, ἐFεργεσιας, ἄFλῶνι en vez de αὐτός, εὐεργεσιας, Αὐλῶνι. (Comparetti, *Mus. Ital.*, II, p. 131 y 162).

En otras inscripciones es la β (pronunciada *v*) que se sustituye a la *v*, o viceversa. Y hallamos εὐδομήκοντα (ἔβδομήκοντα), εὐδομος (ἔβδομος). Una inscripción de fecha incierta antes de Jesucristo da κατεσεβᾶσε en vez de κατεσεύασε. En algunos de los papiros, hallamos también ραῦδοῖς en vez de ράβδος.

De todo esto, podemos sacar tan sólo una conclusión. Sabemos ya cómo pronunciaban los escritores de la edad de oro de la literatura griega. Sabemos con qué sonido salían melifluas las oraciones de Crisóstomo. Podemos repetir las palabras con que el apóstol San Pablo arengaba a los filósofos atenienses.

Que no nos impida una desidia inexcusable el pronunciar como se debe la más bella lengua del mundo! Acostumbrémonos no tan sólo a leer esta lengua divina, sino a hablarla también. Y como las construcciones en uso común son, al fin y al cabo, bastante sencillas, sentiremos dentro de poco que la lengua griega es una lengua viva en la que podemos pensar y discurrir. Y nuestra inteligencia de los clásicos crecerá sobremano; y crecerá al mismo tiempo nuestro amor a la belleza suprema; se elevará nuestro espíritu por encima de lo material y grosero de esta vida; latirá nuestro corazón con el de todos los que, en el curso de los siglos, han amado lo bello, lo bueno, lo perfecto.

Nueva York, 25 de marzo de 1917.

JOSÉ LUIS PERRIER

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

